

# ALMA DE MUJER

Comedia en tres actos

**Por Alberto Rivas Bonilla**



## **Personajes:**

Eva

Graciela

Luz

Luis

Roberto

Anatolio

Un criado

Otro criado

A la ilustre española Concha Espina, autora de esa  
pequeña obra maestra llamada "La Rosa de los Vientos".

A. R. B.

## ACTO PRIMERO

La acción pasa en una quinta en los alrededores de San Salvador. A la derecha del espectador, fachada de la residencia. Al fondo, verja de hierro con puerta practicable. A la izquierda, entrada a los jardines.

Algunos muebles de mimbre.

### Escena I

Luis, Graciela.

Luis—Se lo vuelvo a rogar, Graciela. Desista de su empeño de abandonarnos tan pronto. Quiere Ud? Ya nos iremos todos juntos dentro de una semana.

Grac—Francamente, D. Luis, no se qué contestarle. Tiene Ud. un modo de suplicar, que al hacer un favor parece recibirlo.

Luis—Y no se crea Ud. Dispongo de otros recursos para retenerla aquí, aun contra su voluntad.

Grac—A ver!

Luis—Ud. siempre se ha figurado que esta quinta, por un capricho de su constructor, se ha levantado imitando la arquitectura medioeval? Pues desengáñese: es, en realidad, un verdadero castillo que desde hace mil años está señalando al cielo con las puntas de sus torreones..... ..

Grac—Y bien?

Luis—Ese Genaro, que a los ojos de la gente aparece como un amable e inofensivo jardinero, que obsequia flores todos los días y que habla siempre con el sombrero en la mano; ese hipocritón tan humilde, es nada menos que un dragón... un dragón disfrazado que guarda las entradas del castillo.

Grac—(Riendo complacida) Quien lo hubiera sospechado!

Luis—Pues.....y el dueño del castillo?

Grac—Ahora va a resultar que es algún desaforado gigante!

Luis—Peor que eso.....(inclinándose con una mano en el pecho) Es un ogro terrible que come doncellas!

Grac—Que horror!

Luis—Hágase Ud. de nuevas! Castillo y dragón pudieron engañarla con sus mentirosas apariencias. Pero yo!

Grac—Qué quiere Ud. decir?

Luis—Que por las voces que corren sobre mí.....por lo que puede haberle contado alguna amiguita suya, no andaba Ud. muy lejos de adivinar la verdad.....o de creer que la adivinaba.

Grac—Se refiere a Eva? Que cosas se le ocurren!

Luis—Conozco a mi gente, Graciela. A Ud. también le consta que Eva nunca me ha visto con buenos ojos (*Grac. hace un ademán para hablar*) No me diga nada. Mis solicitudes tienen para ella el nombre de tiranía, y mi amor el de fingimiento.

Grac—Pues yo estoy segura de que le quiere a Ud. mucho.

Luis—Sé la intención que tiene Ud. al decirme lo que no siente, y se lo agradezco; pero es inútil querer atenuar las cosas. Tan segura está Ud. como yo de que Eva no me quiere. Jamás ha podido darme el nombre de padre, a pesar de todo lo que he hecho por conseguirlo, y no recuerdo que una sola vez, hasta hoy, me haya dirigido la palabra espontáneamente, al menos cuando estamos solos.... Pero bien, dejemos esto aparte, y volvamos a la primera cuestión: quedábamos en que no se irá todavía.

Grac—Pero, D. Luis! Si tengo tantas cosas que hacer en casa.....

Luis—Estar aquí, es casi como estar en San Salvador. Figúrese! a diez minutos de automóvil, con una carretera asfaltada.....Y para ser leal, le descubriré el lado egoísta de mi ruego: Eva, está alegre cuando está con Ud. ¿Quiere Ud. quedarse, por ella?

## Escena II

Dichos y Eva.

Eva—(*Saliendo de la casa*) Creí que abuelita ya habría regresado.

Luis—Está la mañana tan hermosa, que probablemente habrá querido prolongar su paseo.

Grac—¡Cuanta razón tiene! Cuando el día está así, no dan ganas de entrar en casa.

Eva—Como que me están dando deseos de que almorcemos aquí bajo los árboles.

Luis—Magnífica idea. Y, como aperitivo ¿Que me dicen Uds. de un paseo en automóvil por estos contornos?

Eva—(*Desplícete*) Ah!.....pero.....¿ no tiene que ir Ud. hoy a San Salvador?

Luis—Podría ir a la tarde.....

Eva—No, no. Por nosotras, no deje Ud. sus ocupaciones.

Luis—Bah! para lo que tengo que hacer.....

Eva—(*De mala gana*) Como quiera que sea, yo no puedo consentir que Ud. nos sacrifique su mañana. Tiempo tendremos de pasear después.....a la tarde, por ejemplo.....

Grac—No es lo mismo, mujer. ¿Qué no te están llamando a gritos esos caminos, húmedos todavía por el rocío de la noche? Y ya que D. Luis nos hace tan galante propuesta.....

Eva—Pero,.....mujer.....

Luis—Vaya! no hablemos más! Me iré a pie a la ciudad, ya que Eva se interesa tanto porque no descuide mis quehaceres. La carretera tiene mucha sombra, y un poco de ejercicio no me caerá mal.

Grac—Eso no, D. Luis. Me disgustaría que Ud. se molestara hasta ese extremo.....

Luis—No se apene, Graciela. Yo, en rigor, podría pedir un taxi por teléfono..... o quedarme en casa tranquilamente. Nada de importancia tengo que hacer por ahora.

Eva—(*Sin entusiasmo*) Siendo así, vamos los tres.

Luis—Me temo que la compañía de un viejo como yo, no les sería tan amena que digamos.....No se hable más: pedir un taxi para mí, y les dejo el auto. Les hará compañía Roberto, que no debe tardar.

Grac.—(*A Eva*) ¿Vendrá hoy Roberto?

Eva—¿Por que no habría de venir?

Grac—Que se yo! Ayer me pareció ver que se marchaba contrariado.

Eva—(Riendo) Cierto; pero vendrá hoy, como todos los días. No lo dudes.

Grac—¡Que alegría! Se acepta su programa, D. Luis. ¿Verdad, Eva?

Eva—Como tú quieras.

Luis—Qué me place! Que se diviertan mucho, hijas mías, y hasta más ver.

(Entra en la casa)

### Escena III

Eva. Graciela.

Grac—Eva, por Dios! Con todo su gusto se habría ido con nosotras.

Eva—Tal vez. . . . . pero, hija, nos habría aguado la fiesta.

Grac—Que injusta eres con tu padre, Eva! Nunca has podido disimular la aversión que por él sientes.

Eva—Mi padre murió hace mucho tiempo.

Grac—¿No fué, acaso, D. Luis, el segundo esposo de tu madre?

Eva—Eso no quiere decir que D. Luis sea mi padre.

Grac—Como si lo fuera. Al menos, como un padre te quiere y vela por tí.

Eva—Mira, querida, tú hablas de las cosas según te parecen.

Grac—¿Sabes lo que hacía cuando llegaste tú? Rogarme que no me fuera, porque mi compañía te alegra. Es decir, hacía lo de toda la vida: cuidar de tu comodidad, procurarte lo que te puede causar placer.

Eva—Tú no sabes cómo es ese hombre en la intimidad, Graciela. Estás por completo engañada en lo que a él toca. ¡Si tú pudieras verlo en un momento de contrariedad, por ejemplo, cuando algo se opone a su sacratísima voluntad!

Grac—Nunca he sabido nada de eso; pero si, veo con pena que solo tú hablas de él en esos términos. Fuera de tí, todos le quieren y le respetan.

Eva—Porque no se atreven a otra cosa. Porque solo yo intento, a veces rebelarme ante su odiosa tiranía.

Grac—¿Un tirano, D. Luis? Vaya! Pues no me lo parece, francamente.

Eva—Ya se que no lo querrás creer, pero es muy cierto. El señor D. Luis es el amo aquí, lo entiendes? EL AMO, y ¡ay de aquél que no acate su omnímoda voluntad! En esta casa, solo él tiene razón en todo, y ¡ay de quien lo ponga en duda. . . . . ¿Dices que todos le aman y le respetan? Di, más bien, que le tienen miedo. Desengáñate, Graciela: esa servil sumisión que ves en todo el mundo, no se llama cariño ni respeto: se llama temor.

Grac—Mujer, no te axaltes!

Eva—No me exalto. Mírame. Nunca he estado tan tranquila; pero necesito decirte estas cosas, porque, fuera de tí, no tengo en quien desahogarme.

Grac—Y te oiré con mucho gusto. Solo que, tus desahogos. . . . . ¿cómo te diré yo?.... me. . . . . desconciertan, porque siempre he visto a D. Luis amable con todo el mundo, y contigo más que con nadie.

Eva—Es muy cierto, Es amable con todo el mundo, porque nadie se atreve a discutir sus órdenes. En cuanto a mi. . . . una cosa, al menos, he tenido que agradecerle hasta ahora: que no haya buscado testigos para humillar mis intentos de rebeldía.

Grac—Amiga mía, D. Luis hace las veces de tu padre y, a pesar de cuanto tú me digas, me parece un hombre bueno; y no has hecho bien si alguna vez le has faltado al respeto que le debes.

Eva—Tal vez, desde el punto de vista de las estúpidas conveniencias sociales, tengas razón; pero antes de esas conveniencias, antes de esas leyes, si quieres lla-

- marlas así, están los derechos de la sangre, y en nombre de esos derechos es que yo me conduzco como tú sabes.
- Grac—Oyeme, Eva: yo siempre creo haberte demostrado una amistad sincera y un cariño ilimitado. No es así?
- Eva—Nunca he tenido motivos para dudar de tí.
- Grac—Por eso mismo, me creo bastante autorizada para decirte que haces mal en no reconocer la autoridad que sobre tí tiene D. Luis. ¿Acaso eres tú la primera muchacha que ha tenido un padrastro?
- Eva—Ya dijiste la odiosa palabra! Tú no puedes, amiga mía, hablar de estas cosas, porque no sabes lo que es tener un padrastro. Por lo demás, no te molestes en defender su decantada autoridad, porque D. Luis, en ese terreno, no necesita defensores. El se basta y se sobra! Cada vez que ha visto en mí barruntos de independencia, buen cuidado ha tenido de reprimirme despiadadamente, de aplastarme. . . . . y no siempre con guantes de seda. . . . . ¡No!
- Grac—Querida mía, discúlpalo. Piensa que tú abogabas por una causa insostenible, y acaso lo hayas exasperado. . . . .
- Eva—No pienses que llegue mi rigor hasta el grado de negarle toda disculpa. Lo que si te diré, es que en este asunto, no cabe término medio: no puedo amarle, luego le tengo que odiar.
- Grac—Cálmate, Eva. Que te pasa? nunca te había oído hablar así!
- Eva—Porque no habíamos tenido ocasión. Ahora, ya que empecé, tengo por fuerza que terminar. Te he descubierto el rincón oscuro de mi alma, y debo explicarte el por qué de esa falta de luz. Oyeme: yo no puedo querer a D. Luis, porque no llegó a mí por los caminos del corazón. No fué el amor el que lo trajo a esta casa, sino el interés material.
- Grac—No digas eso! ¿no temas que te haya cegado la pasión?
- Eva—Todo esto lo sabes tú muy bien, Eva, como todo el mundo. Mi padre al morir, dejó una cuantiosa fortuna, y D. Luis, como un ave de rapiña al olor de la presa, vino aquí atraído por el oro.
- Grac—¿Lo juzgas, pues, incapaz de haber sentido amor por tu madre?
- Eva—Absolutamente incapaz. En cuanto a ella. . . . . joven, inexperta, desamparada como quedó al enviudar. . . . . ¿se casó con él queriéndolo, o simplemente porque necesitaba de su apoyo? Dios mío! Quién pudiera responder a esta tremenda pregunta!
- Grac—No te atormentes, mujer. Ahí tienes un testigo imparcial en tu abuelita, que no ha de engañarte. hazle esa pregunta, ya verás como devolverá a tu alma la tranquilidad.
- Eva—Se lo he preguntado ya, y, efectivamente, me ha respondido lo que supones.
- Grac—Ya ves.
- Eva—Pero me lo ha dicho de un modo tal, que dudo mucho de sus palabras. Si, hubo en su voz un *no se qué* que me hizo descubrir su intención de engañarme.
- Grac—Pobre Eva! Cuando debes sufrir con esas dudas!
- Eva—Figúratelo, si puedes. Cuando mi madre se volvió a casar, tenía yo apenas siete años. Ya entonces lo aborrecía como por instinto. Y no trataba de ocultárselo, como te lo puedes figurar. Todo lo contrario. Procuraba demostrárselo a cada paso, en tan abierta hostilidad, que se optó, a instigación suya, seguramente, por internarme en el Colegio. Allí te conocí, Graciela. allí pasé los últimos tres años felices de mi vida, al cabo de los cuales fuí llamada para cumplir con el triste deber de asistir a los últimos momentos de mi madre. ¡Dime si podré quererlo!
- Grac—No sé, qué pensar, Eva querida. Es tan triste todo eso!
- Eva—Después, no volví más al Colegio. Sin el amparo de mi madre, muerta; sin el amparo de mi abuela, tan vieja, que más pertenece al otro mundo que a este, he tenido que vivir bajo el mismo techo con ese hombre que me robó a mi madre los últimos tres años de su vida. Sometida a él en apariencia, pero sin-

tiendo fermentar en el fondo de mi ser una levadura amarga que algún día se desbordará! ¡No sabes tú con que ansias espero el momento de poder abandonar esta casa al intruso, para ir a fundar la mía propia donde no lo vuelva a ver más!

Grac—Me ha impresionado profundamente cuanto acabas de decirme, pobre amiga mía, y oyéndote, se me ha ocurrido una duda cruel. Dime, habla con la mano sobre el corazón a quien es tu mejor amiga: ¿Estás segura de no cometer una locura irreparable, arrastrada por el deseo de alejarte de D. Luis?

Eva—No se que quieres decir.

Grac—¿Amas en realidad a Roberto?

Eva—Si ese es tu temor, tranquilízate. Si, le amo con toda mi alma. Solo que, claro está, al mismo tiempo, me alegra que este amor me dé ocasión para abandonar la casa.

Grac—Quizá tengas razón, acaso te equivoques... ¿Qué podré saber yo? ¿Qué podré hacer, sino dolerme de tu extraña situación?

## Escena IV

Dichas y Roberto

Roberto—(A través de la verja) ¿Se puede?

Eva—Ah! Roberto!

Grac—Pase, pase que se le espera.

Rob—(Mirando significativamente a Eva) Como todos los días.

Grac—Con mayor impaciencia que nunca!

Rob—Si? Y a qué debo mi buena suerte?

Grac—A que en el programa para hoy, figura un paseo en automóvil.

Eva—Una vuelta, para hacer apetito, por las serranías cercanas.

Grac—D. Luis nos ha cedido el auto.

Eva—Y se ha excusado de acompañarnos, confiándonos a tu custodia.

Rob—Acepto encantado.

Grac—Pero ha de ser con una condición.

Rob—Condiciones tenemos?

Grac—Una sola, pero imprescindible. (En tono de broma) Yo no estoy dispuesta en absoluto, me entienden Uds? En absoluto, a tocar el violín.

Eva—(Riendo) Dificilillo me parece.....

Grac—No tal. Yo me sentaré en medio, como Dios padre.

Rob—Alto ahí!.....¿usted en medio, y nosotros dos..... ¡Pues no faltaba más! Yo no puedo soportar semejantes imposiciones!

Eva—Ni yo, caramba! .....

Grac—Pues yo no transijo. No quiero que se me haga agua la boca. No y no.

Rob—Pero no ve Ud., criatura, que me puedo equivocar, y creyendo que Ud. es

Eva.....(Simula dar un beso) Eh?

Eva—Cuidado, caballero. ¿Qué se ha figurado Ud?

Grac—Vaya, mujer, un beso por equivocación.....¿vas a reñir por eso?

Rob—(Dándose una palmada en la frente) Pero que tontísimos somos! Estamos armando un guirigay con visos de terminar en tragedia, cuando hay una solución sencillísima.

Grac—Cual es?

Rob—Buscarle a Ud. un compañero. Quiere uno, que ni de encargo? Pues dentro de unos minutos lo tendremos aquí.

Grac—Según quien sea.

Rob—Anatolio. Lo acabo de dejar en una cantina tomando un trago de a quince.  
Me dijo que venía para acá.  
Grac—Quite allá, hombre! Primero me dejaba cortar las orejas!  
Eva—Cuidado, no lo hayas acompañado a tomar.  
Rob—Que ocurrencia!  
Eva—Y cómo sabes que era un trago de a quince?  
Rob—Porque yo le di los quince centavos.

## Escena V

Dichos y Doña Luz

Doña Luz, octogenaria, viene del jardín, conducida por un criado en una silla de ruedas. En el brazo de la silla hay un timbre. Cada vez que Doña Luz entra en escena, el criado se retira discretamente entre bastidores.

Doña Luz—Buenos días, hijos míos.  
Grac—Muy buenos Doña Luz.  
Rob—Que hay, abuela? Como ha estado ese paseíto?  
Luz—Muy agradable. Da gusto pasear con un tiempo así.  
Eva—Ya se ve. Como que hasta te has olvidado de la hora de tomar tu leche.  
Luz—Como! Tan tarde es ya? Pues, hija, ya ves, no he sentido pasar las horas. Está el cielo tan azul, y la brisa corre tan fresca! . . . . Hemos llegado hasta la carretera para distraernos viendo pasar gente.  
Eva—Ya empezaba a inquietarme por tí, y a poco que hubieras tardado, te habría mandado a buscar.  
Luz—Pues aquí me tienes de vuelta, sana y salva. No me ha sucedido nada malo, eh? Por el contrario, me parece que vuelvo con menos años encima.  
Rob—Pues a practicar la medicina todos los días! Cuesta tan poco, y es tan agradable, al revés de todas las medicinas!  
Luz—Y su eficacia es probada. Siento a ratos que mis piernas reviven. . . . . y un día de tantos he de regresar andando con mis propios pies. Por de pronto, tengo un apetito regularcito. (*a Eva*) Hija mía, me quieres hacer el favor de darme la leche?  
Eva—Vamos, abuelita.  
Luz—(*A Roberto*) Solamente la tendré unos minutos. (*Llama al criado*)  
Rob—Haga lo que quiera abuela. Así como así, no soy nada exigente, y puedo renunciar a mis derechos por todo el tiempo que Ud. lo desee.

## Escena VI

Graciela, Roberto

Rob—Como no vaya a resultar a última hora D. Luis con que se le antoja acompañarnos en el paseo. . . . .  
Grac—Quería ir, en efecto, pero Eva mostró cierta displicencia, y eso bastó para que renunciara.  
Rob—Ah! ¿conque quería ir? De buena nos hemos librado! Figúrese qué paseo más ameno habríamos hecho en compañía de semejante carcamal!  
Grac—No veo por qué.  
Rob—Usted, querida Graciela, nunca quiere ver nada de lo que salta a la vista.

- Grac—Cómo no! veo, por ejemplo, que Ud. es tan injusto con D. Luis, como la misma Eva, porque esa repulsión que los dos sienten por él, no tiene razón de ser.
- Rob—Perdone Ud. pero, por lo que a mí toca, no creo merecer su censura.
- Grac—Tiene razón. Es Eva solamente quien no tiene empacho en demostrar sus sentimientos. Usted disimula todavía, y dará gracias a Dios el día que pueda arrojar lejos de sí esa máscara de indiferencia.
- Rob—Ah! en eso sí que estamos de acuerdo! El día que Eva sea mi mujer.....
- Grac—Y juzga Ud. leal su manera de proceder?
- Rob—Y por qué no? Si yo aparentara sentimientos contrarios a los que en realidad abrigo, sería, efectivamente, desleal, hipócrita, y por todos conceptos censurable; pero no hago más que ocultar mi aversión.
- Grac—En eso es, precisamente, en lo que no puedo convenir.
- Rob—Muy bonito!Entonces, Ud. me aconseja que venga a decirle al tipo ese, en su propia cara: Señor mío, Ud. me hace el efecto del tártaro emético: hágame el favor de quitárseme de enfrente?
- Grac—Tal vez sería preferible.
- Rob—Ay, Dios! y que guapo lío se armaría! No, Graciela, no. Por muy justificado que sea mi odio por ese hombre, no se lo debo manifestar aún. Ya se llegará el día en que pueda jugar a cartas descubiertas, y entonces, ya verá Ud.
- Grac—Pero, vamos a ver, hombre de Dios: que motivos tiene Ud. para querer tan mal a D. Luis?
- Rob—No lo sabe Ud? Pues se lo voy a decir: tiraniza a Eva, y no temo equivocarme al afirmar que, si pudiera, destruiría mi compromiso con ella. Si no bastaran estas razones, podría exponerle muchas otras más.
- Grac—Si D. Luis tuviera por conveniente romper ese compromiso, nadie podría impedir que lo hiciera. En cuanto a lo de tiranizar a Eva, creo que hay mucho de exageración. Convengo en que parece demostrarle poco cariño; pero..... quien sabe! acaso sea porque ella no permite otra cosa. Mire Ud, por ejemplo, lo que acabo de decirle: si D. Luis no nos acompaña ahora, es solamente por el malhumor de Eva.
- Rob—Ud. es demasiado buena, Graciela, y juzga por lo que ve, por lo que ese hombre aparenta cuando hay gente. Si pudiera ver lo que pasa cuando no hay testigos importunos.....
- Grac—Lo ha visto Ud. así?
- Rob—No, pero me lo ha dicho Eva, que es lo mismo.
- Grac—No considero que Eva pueda ser imparcial en este asunto. Ella habla con ciertos prejuicios, desde el punto de vista de su propio egoísmo. Ah! Si ella quisiera ser un poco la hija de D. Luis, tenga por seguro que encontraría en él a un verdadero padre.
- Rob—Mucho más lógico me parece que fuera primero él quien se dignara ser un poco el padre de Eva.
- Grac—Y quién le dice a Ud. que el pobre no ha abandonado esa vía por impracticable, acaso después de muchos esfuerzos infructuosos?
- Rob—Vaya! y que buen abogado tiene en Ud. el señor D. Luis! Hija mía, no se tome ese trabajo porque su patrocinado no lo merece.

## Escena VII

### Dichos y Anatolio

Anatolio, que aparece detrás de la verja, es un ebrio consuetudinario, mal vestido, despeinado, etc,

Anatolio—Todavía está Luis en casa?

Rob—(*Aparte, a Graciela*) Ya viene ahí ese.

Grac—Si, aquí está. Pase, Anatolio.

Anat.—(*Entrando*) Me alegro, porque tengo que tratar con él un asunto importantísimo.

Rob—Ojalá pudiera alegrarse él, tanto como Ud!

Anat.—¿Por qué lo dice Ud., don Metomentodo?

Rob—Porque me imagino que será un atentado de lesa bolsa.

Anat.—Que me maten! Si como lo es, no lo fuera, ¿quien le está dando a Ud. cartas en el juego?

La voz de Eva—Vienes, Graciela? Ya está afuera el auto, y te has de arreglar:

Anat.—Hola, sobrina! (*Queda con el cuello estirado, en espera de una respuesta que no llega.*)

Grac—(*Haciendo mutis*) Nada más que una bufanda y un poco de polvos.

## Escena VIII

Roberto, Anatolio.

Rob—Conque, confiesa Ud. que es un atraco? Pues ándese con tiento, Anatolio, porque el señor no ha amanecido hoy con el carácter muy a propósito para ello.

Anat.—Veo que Ud. caballero, no pierde la costumbre de meter las narices donde no lo llaman.

Rob—Lo hago por el interés de Ud.

Anat.—Mil gracias. Y aunque a Ud. no le va ni le viene nada en mis negocios, voy a condescender a explicarle el que ahora me trae aquí.

Rob—A ver.

Anat.—Se trata, en último análisis, de solicitar un empréstito a mi cuñado.

Rob—No lo decía yo!

Anat.—Aguarde, déjeme explicarle. Es el caso que necesito ponerme elegante, lo que se llama a *la derniere*, y nadie mejor capacitado que Luis para proporcionarme el dinero que pudiera costar un indumento completo, desde el sombrero hasta los zapatos, pasando por los cigarrillos.

Rob—Una verdadera ganga. Y Ud. supone que D. Luis se avendrá a darle todo eso?

Anat.—Pues está claro! por la cuenta que le tiene. . . . .

Rob—Eso sí que está, pero muy interesante. ¿que puede importar a su cuñado el que Ud vaya hecho un figurín?

Anat.—Porque ese traje, lo necesito yo para presentarme ante el Jefe del Poder Ejecutivo.

Rob—Demonche! Ahora tendrá Ud. la bondad de decirme lo que tiene que hacer con el presidente de la República.

Anat.—Que me maten! Si eso, precisamente, es lo que estoy queriendo desde hace media hora.

Rob—Pues dígallo, hombre, dígallo.

Anat.—Dígallo, hombre, dígallo! . . . . . Y es Ud. quien no me deja hablar, a fuerza de preguntas.

Rob—Juro no preguntar más.

Anat.—Entonces. oígame. Necesito hablar con el Presidente, para proponerle un invento. (*Pausa interrogante*) Eh? no me dice nada?

Rob—Ni media palabra.

Anat.—Que me maten! Ese invento consiste en un aparato para sustituir a los agentes del tráfico. (*Pausa interrogante*) Eh? qué me dice?

Rob—Absolutamente nada.

Anat—Pero, vamos a ver: ¿encuentra Ud. posible la realización de tan admirable idea?

Rob—Mucho, solo que Ud me ha prohibido que le interrumpa.

Anat—Que me maten! Verá Ud. El invento es muy sencillo; se reduce a colocar unos grandes espejos, convenientemente orientados, en todas las bocacalles, allí donde ahora se coloca polizontes ¿Se va enterando?

Rob—Ya, ya.

Anat—Los conductores de vehículos, podrán ver con sus propios ojos, sin que nadie se lo indique, cuando vienen otros carros y cuando no, por las calles laterales. Eso es todo. Calcule la economía que eso representaría para el Gobierno! Yo reclamaré un tanto por ciento sobre esas economías, vamos, algo moderado, digamos.....un cincuenta por ciento. De ese cincuenta por ciento, la mitad será para la persona que me facilite la indumentaria que ando solicitando. Mi cuñado, si él quiere, o cualquier otra persona inteligente. Usted, por ejemplo.

Rob—No! nada de eso! Yo no podría ser tan desleal amigo para D. Luis! Háblele a él. Yo renuncio gustosamente tan pingües beneficios en provecho suyo.

Anat—Como Ud. quiera, pollo. ¡Que me maten!

### Escena IX

Dichos. Eva, Graciela.

Eva.—Ya estamos listas. Vamos, Roberto?

Rob—Vamos.

Eva—Hola, tío Anatolio. ¿Como vas? ¿quieres acompañarnos?

Anat—No, hija, gracias. Tengo que hablar con tu padre.

Eva—Pues allí lo encontrarás en el escritorio. Adiós.

Anat—Adios, que se diviertan.

### Escena X

Anatolio, Doña Luz, D. Luis.

Luis—(A Doña Luz) Aquí puede esperar la hora del almuerzo. ¿Que hay, Anatolio?

Anat—Chico, vengo a proponerte un negocio. Buenos días, mamá, como has amanecido?

Luz—Bien, hijo, bien. No esperaba verte por aquí tan temprano.

Anat—Los negocios, mamá. (A Luis) Algo estupendo, pero lo que se llama estupendo. Verás.

Luis—Ya hablaremos dentro de un momento. Espérame en el escritorio. (Mutis Anatolio).

### Escena XI

Doña Luz. D. Luis.

Luz—Ya que no irás a la ciudad, podías haber acompañado a los muchachos.

Luis—Ese fué mi propósito del primer momento, señora. No para divertirme, (Ud.

comprende que ya no estoy en edad para ello) sino como una simple atención para las chicas.

Luz—Entonces?

Luis—Nada. Que Eva, con la amabilidad que la caracteriza, me hizo comprender que mi compañía no les era del todo grata.

Luz—Eva?..... ¡No es posible! Te habrás engañado.....

Luis—Bah! el hecho no tiene importancia.

Luz—Si, la tiene, hijo mío, porque esas suspicacias tuyas, te hacen sufrir y te predisponen contra esa pobre niña. Podría jurarte que no sería capaz de tal cosa, aun suponiendo (lo que está muy lejos de ser verdad) que no te quisiera, como has creído siempre.

Luis—(con *disgusto*) No trate de defenderla, madre. Todos los días está Ud viendo el comportamiento incorrecto de la señorita para con quien hace las veces de su padre. Ahora, que es muy natural que Ud. trate de atenuar las cosas.

Luz—No Luis, no pienses así, te lo ruego. Algo nerviosilla es la niña, lo confieso; pero de eso, a tenerte ojeriza.....vamos, hijo!

Luis—Pues así es. Más le diré: desde que se iniciaron sus relaciones con Roberto, ha empeorado su proceder.

Luz—Sea por el amor de Dios!

Luis—El caballereite ese, no me la hace buena, y ella lo ha comprendido. Acaso se imagina que me opondré a su boda, como estaría en mi deber, y de ahí su inquina.

Luz—Otra chifladura tuya. El pobre Roberto también? Hijo mío, que triste condición la tuya, ver enemigos por todas partes.

Luis—Convéznase, madre. Roberto no está aquí con buenas intenciones. No hay tal que quiera a Eva; pero...la chica tiene dinero. Ya ve.....

Luz—Te equivocas, Luis, créemelo.

Luis—No me equivoco. Roberto, por su parte, que se siente descubierto, también me odia cordialmente. El también teme mi intervención en sus amoríos. Pues bien; suceda lo que suceda ¡acuérdesse de esto madre! suceda lo que suceda, no me opondré. Si en eso, precisamente, estará mi desquite: en dejarlos correr a ciegas a su destino, sin mover un solo dedo para impedirlo. Ya verá Ud. como, acosada por el dolor, ella volverá a mí.

Luz—Hijo mío, me das miedo con lo que dices. Veo con pena que el despecho te hace malo.

Luis—El despecho me hizo triste, madre; pero.....¿que más da?.....para las almas inconformes como la mía, ser triste, viene a dar lo mismo que ser malo!

TELON

## ACTO SEGUNDO

La misma decoración del anterior

### Escena I

Doña Luz, Eva.

Eva—No fue nada, abuela. Una de esas pequeñeces sin importancia. . . . . Una tontería de esas que parece no se deben tomar en cuenta, pero que, repitiéndose todos los días a propósito de todo, o sin propósito ninguno, me están haciendo la vida cada vez más insoportable.

Luz—Veamos, hijita, cuéntame lo sucedido.

Eva—Para que, abuela? si ya se que me vas a decir lo de siempre: que exagero, que no haga caso, . . . . . que se yo! cualquier cosa, que no sería más que un piadoso engaño para disimular un mal que no tiene remedio.

Luz—Dime, hija mía: ¿tú crees en mi cariño?

Eva—Abuelita!

Luz—¿Me consideras capaz de darle injustamente la razón a otra persona, aun juzgando que la tenías tú, la hija de mi hija?

Eva—Nunca creería tal.

Luz—Bien. Ahora, considera que alguna experiencia debo haber adquirido en mi larga vida. Ten, además la seguridad de que abrigo el firme propósito de ser un juez imparcial y de hablarte como a una mujer y no ya como a una niña, y cuéntame esa simpleza que dices. . . . . esa simpleza que te hizo llorar.

Eva—Pues bien, fue esto, abuela: yo había ido a la biblioteca a buscar algo que leer. Estaba subida en una silla para alcanzar los tramos superiores, cuando oí sus pasos que se acercaban. Me volví al sentirlo entrar, y pude observar el gesto de contrariedad que puso al verme. No me dijo una sola palabra. Solo se quedó parado junto al escritorio, tamborileando sobre la madera, en una actitud que a las claras me estaba diciendo que estorbaba. Yo, que por un momento tuve la intención de continuar donde estaba, me vi precisada a salir inmediatamente, arrojada por ese advenedizo, de la propia biblioteca de mi padre.

Luz—Y después?

Eva—Después? Nada, abuela. Eso fue todo. Ya te había dicho que era un incidente sencillísimo; pero considera que esas cosas se repiten todos los días. Ya es mi canastilla de costura que echa a rodar inadvertidamente de la mesa al suelo mientras lee el periódico, sin darse por enterado de que ando en cuatro patas por el cuarto recogiendo carretes y dedos: ya es un encuentro de ambos en lugar estrecho, y soy yo quien tiene que pegarse a la pared para que no arrolle conmigo. En fin, abuela, naderías así; pero hazte cargo de lo que me ofenden.

Luz—Me consta que a veces pasan las cosas tal como tú dices. ¡Cómo me duele el alma, hija de mi vida, verte menospreciada así! Muy mal hace Luis en tratarte de esa manera, mas no es tan culpable como parece,

Eva—Ahora lo vas a defender, abuelita!

- Luz—Te he prometido hablarte con entera franqueza, de mujer a mujer, y no como a una niña que has sido hasta hace poco. Dime: ¿no te acusa tu conciencia de ser en cierto modo la que lo induce a conducirse contigo como lo hace?
- Eva—No, abuela, en manera alguna. Verdad es que nunca le he demostrado cariño; pero mal podría demostrárselo, cuando en realidad no siento ninguno por él. El que yo no le ame, ¿puede ser motivo para que me trate así?
- Luz—Tal vez, hija mía, considerando que por muchos años intentó ganarse tu afecto por todos los medios posibles, con una admirable obstinación, encontrándote siempre rebelde a su solicitud.
- Eva—No podía esperar otra cosa de mí, el hombre que llegó a esta casa atraído por el dinero de mi pobre madre.
- Luz—Ese es tu error, hija mía, y de eso he de hablarte hoy por la primera vez, en contra de sus propios deseos.
- Eva—Que me tienes que decir, abuela?
- Luz—Algo muy grave, hija mía. Es preciso que, de hoy más, sepas el lugar que Luis ocupa entre nosotras.
- Eva—El lugar sagrado de mi padre. ¡Demasiado lo se!
- Luz—El lugar de tu padre, si. Y ten el convencimiento de que muy pocos lo habrían sabido ocupar tan dignamente como él. Oyeme: Cuando tu padre murió, tu madre quedo en posesión de una regular fortuna, consistente casi por completo en bienes raíces, que rendían lo suficiente para vivir con toda la holgura apetecible. Ella, completamente ignorante de estos negocios, hubo de buscar un administrador para su explotación. Tú, entonces, eras demasiada niña para que te pudieras dar cuenta del rápido desbarajuste de tu fortuna. Durante cinco años, corrimos a la ruina, mientras aquel empleado sin conciencia se enriquecía. ¿A qué relatarte todos los manejos de que se valió para hacer pasar a sus bolsillos todo lo que tu padre dejó para tí? Basta con que sepas que, al cabo de esos cinco funestos años, todas las propiedades estaban arruinadas, abandonadas, hipotecadas, sin posibilidad de redimirlas, pues nos llegó a faltar hasta lo indispensable. Entonces llegó Luis. . . . .
- Eva—Bien supo escoger el momento!
- Luz—Mucho antes de que mi hija conociera a tu padre, Luis le había hecho propuesta de matrimonio, sin ser aceptado. No le volvimos a ver en muchos años. No fue sino después de muerto tu padre, cuando se presentó de nuevo, entonces con mejor suerte. Así fue como te salvaste de la ruina.
- Eva—Abuela! por qué se me ha tenido en la ignorancia de todo esto?
- Luz—Así lo quiso él. Al casarse con tu madre, creyó sinceramente encontrar en tí a una hija; pero tu repulsión por él, fue como instintiva desde el primer momento. Debido a lo cual, dispuso que jamás se te dijera nada, con el fin, tal vez, de que, si algún día llegabas a quererlo, no se mezclara con tu cariño ningún sentimiento extraño. Ahora, quebranto mi compromiso y desobedezco sus órdenes, porque así lo creo mi deber. Tú siempre fuiste adversa a tu segundo padre, debido, en parte, a esa misma ignorancia que él quiso imponerte. Acaso ese haya sido su error. Bien purgado lo tiene, pues él te ha querido siempre como a una hija de su sangre.
- Eva—Como a una hija de su sangre! (*con ironía*)
- Luz—Así! No lo dudes. Y ha sufrido por tus desvíos con dolor de padre.
- Eva—Mi padre no me trataría como lo hace él.
- Luz—Tu padre no tendría motivos. Debes tener en cuenta que Luis es un hombre y no un santo. Largos años luchó por ganar tu corazón. ¿Quien hubiera tenido mayor constancia? Por fin, desencantado, despechado, abandonó su empeño, y su desengaño se tradujo del modo que tú sabes. Culpable es, no lo niego, pero. . . . y tú, hija mía? . . . . .

Eva—No estamos en las mismas condiciones, abuela. El está aquí en su casa y yo no soy más que una intrusa. . . . . ¡Sólo esta humillación me faltaba para hacer completa mi desgracia!

Luz—Vamos, hija, no sufras así! por que lloras? Todavía es tiempo de empezar. Tú conoces el camino de su corazón. Procura llegar a él. Procura despertar en el tuyo ese amor que ignoras por tu segundo padre, y yo te respondo. . . . . ¡ten fe en mí, hija querida! yo te respondo de que te recibirá con los brazos abiertos!

Eva—No, abuela, jamás ¡tú no sabes lo que me pides!

Luz—Si, lo se, y se también que lo harás. No te obstines, hija mía. Reflexiona. Piénsalo todo el tiempo que quieras, pero no ahora. Ahora, pesa sobre tu alma el trastorno que te ha producido la relación que acabo de hacerte. Procura sossegarte. Ve ahí por el jardín, busca a Graciela. . . . .mañana me contestarás..... ve, hija mía. . . . . (*Mutis Eva*)

## Escena II

Luz, Luis, Anatolio.

Anat—Lo dicho, viejo. Parece mentira. Parece mentira que carezcas casi en absoluto de sentido práctico. Hola, mamá, cómo vamos? (*a Luis*) Mira tú, que se necesita cachaza para despreciar un negocio tan bueno ¡Que me maten!

Luis—Podrá ser todo lo bueno que dices, pero no me convences.

Anat—No insistiré más. Te traigo la fortuna y la desprecias. ¡Con tu pan te lo comas! Figúrate, mamá. Un negocio estupendo! Se trata de que Luis me adelante una pequeña cantidad, una miseria, para poder establecer la “vendedora automática” que acabo de inventar.

Luz—Vendedora Automática?

Luis—Un aparato mecánico maravilloso. Solo que, como Anatolio tiene tan mala estrella, me temo que su vendedora corra la misma suerte que el famoso espejo-polizonte.

Anat—Que me maten! El espejo-polizonte, como quieres tú llamarle era un éxito redondo. ¡Lástima que no halié un desgraciado que me quisiera ayudar!

Luis—Tampoco para la vendedora lo encontrarás, Anatolio. No te canses.

Luz—Busca trabajo, un trabajo de verdad Anatolio. Como sigas de inventor, lo más seguro es que te mueras de hambre.

Anat—Si ni siquiera sabes de lo que estamos hablando, mamá. ¡que me maten! Te lo voy a explicar.

Luz—No tengo tiempo para oír tus explicaciones. Debo ir a mi cuarto.

Anat—No, no, oye un momento, mamá. ¡No me dejas hablar!

Luis—Atiéndalo un momento, madre. A Anatolio le será muy útil conocer su opinión sobre la vendedora.

Anat—Es muy sencillo: la Vendedora es una gran caja octogonal. . . . . ¿sabes tu lo que significa octogonal? . . . . .bueno, una caja ochavada que se colocará en las esquinas mas transitadas, en los paseos públicos, etc. En cada una de las caras de ese prisma. . . . .entiendes tú lo que significa prisma? . . . . .bueno. Pues en cada una de sus caras, habrá varias ranuritas verticales, cada cual con su correspondiente letrerito: “pañuelos”, “fósforos” “cigarrillos” . . . . .etc. . . . .Eh?

Luz—Y bien?

Anat—Que me maten! Si no me dejas hablar! Que has salido de casa olvidando tu pañuelo? pues nada! echas una moneda de diez centavos en la ranura respectiva, y. . . . .zas! pañuelo de lino que te cae a las manos. ¿Que lo que necesitas

es un cortaplumas? Nada más fácil! Otra monedita en la ranura de los cortaplumas.....

Luz—(*Llamando con el timbre nerviosamente*) Basta, Anatolio, basta. Déjame ir a mi cuarto. (*Mutis*)

### Escena III

Luis, Anatolio. Eva, un momento

Anat—Que me maten! No lo dejan a uno ni hablar! Es lo que digo: todos ustedes están ciegos! Es la fortuna, Luis, la fortuna que te llega a las puertas. Si me quisieras prestar tu apoyo!

Luis—Mi apoyo? de mil amores. Tengo amistad con personas de gran influencia. Quieres que te consiga un empleo honroso? Quieres ganar trabajando sesenta, ochenta, cien colones mensuales?

Anat—Cien colones por trabajar como un negro ocho horas diarias tras un mostrador o pegado a un escritorio? Gracias! No he llegado todavía a ese extremo. Cien colones, cuando mi Vendedora me puede dar millones? Muchas gracias!

Luis—Para la vendedora, descuida, Anatolio: ni aquí ni en ninguna parte conseguirás un solo centavo.

Anat—Eso es lo que estoy viendo. ¡A tanto llega el egoísmo de los hombres! Mas no importa! ¿para qué me sirve, entonces el caletre? De no realizar el establecimiento de mi máquina, ya tengo otro proyecto que me rendirá el dinero a puñadas, sin necesidad de desembolsar un puerco centavo.

Eva—(*Quien viene corriendo, desolada, del jardín*) Abuela! abuela! (*se dirige, llorosa, a los dos hombres*) Donde está la abuelita?

Anat—Que te pasa, muchacha? (*Eva sin responder, entra corriendo en la casa*) Que tendrá esa chica?

Luis—(*Con un gesto de indiferencia*) Como quieres que lo sepa?

Anat—Cómo quieres que lo sepa! Vaya una frescura la tuya!

Luis—Bien, bien, veamos tu proyecto.

Anat—(*Echando un última mirada de interrogación hacia la casa*) Es esto: voy a establecer un sistema de rifas semanales. Cada vez se jugará un objeto de arte, un mueble, etc. Ahí las victrolas ortofónicas, los aparatos de radio, las máquinas de escribir, etc. Eh? que me dices?

Luis—Eso es todo?

Anat—Qué más quieres? El truco estriba en que se comprará el objeto rifado, hasta después de vendidos los billetes de la susodicha rifa. No ves? No habrá que desembolsar nada!..... Todo entradas! Eh?

Luis—Querido, tienes una fantasía admirable! Lástima que con tus sueños me hagas perder un tiempo precioso. Ea! descendamos a la vida práctica. Me voy a escribir unas cartas de negocios.

Anat—(*Mientras los dos hacen mutis*). Pero, como bien comprenderás, todo negocio exige cierta publicidad. Alguno que otro anuncio en los periódicos.....

### Escena IV

Graciela, Roberto, viniendo del jardín

Rob—Créemelo, querida. Hasta hoy, estoy por conocer al enamorado que no se ponga en ridículo a cada paso. Parece que lo hicieran de propósito

Grac—Eso depende del sentido que quieras dar a la palabra *ridículo*.

Rob—El único que tiene: ridículo es todo aquello que mueve a risa por su rareza o extravagancia. Consulta el diccionario de la Real Academia Española. Pues bien: nada tan ridículo como una pareja de enamorados que piensan que nadie tiene ojos para ver sus simplezas. Esos apretoncitos de manos que a ellos se les antojan furtivos, y que todo el mundo ve. Todas esas majaderías que se dicen sonriendo estúpidamente. Esas largas miradas mutuas al fondo de los ojos, como en un éxtasis de tontería. . . . quita allá, Graciela! es cosa de dar grima.

Grac—Y con semejantes ideas te dices enamorado? Francamente, es para ponerlo en duda.

Rob—Y lo estoy, en realidad.

Grac—Pues eres el enamorado más raro que en mi vida he visto.

Rob—Puede que digas una gran verdad; pero es que yo, ya vengo de vuelta. En un tiempo, fui igual a todos. Y ahora, ya formalizado, recordando el papel que hice, me entran ganas de darme de puñetazos.

Grac—Lo que es eso, bien lo merecías.

Rob—Por de contado. Y tú, pensarás lo mismo de tí mañana, y como tú todo aquel que haya pasado alguna vez por esa lastimosa crisis que se llama noviazgo.

Grac—Que pena me da oírte hablar así!

Rob—No tienes por que apenarte. Oye a quien tiene más experiencia que tú: es triste condición de los enamorados de todos los tiempos, la de que, después de haber sido ridículos para los demás, una vez pasada la fiebre, lo llegan a ser aun para ellos mismos. No hay escapatoria!

Grac—Pues hijo, seré yo, tal vez, una cursi; pero no puedo concebir un amor así.

Rob—Y sin embargo, existe. No puedes negarlo, puesto que te amo. Yo, por mi parte, cuando te beso, siento no se que indefinible arrobamiento, algo como si en mi alma. . . . . Vamos: que me estás haciendo caer en el defecto mismo que estoy criticando! Está fuera de mi modo de ser el decirte mi amor con palabras. Me gusta más demostrártelo con hechos. Anda, dame un beso.

Grac—(Con sobresalto) Niño, aquí no. Podrían vernos.

Rob—Algún día han de saberlo, y yo preferiría que sea pronto. Que más te da hoy que mañana?

Grac—Hoy no, por Dios! hay que guardar las apariencias. Me has prometido, no lo olvides buscar primero un pretexto para romper con Eva, e iniciar después, en apariencia, nuestras relaciones. Con esta condición he aceptado tu cariño, porque, de otro modo, no podría volverle a ver la cara a mi amiga. Considera que, por mucho que tratemos de sincerarnos a nuestros propios ojos, lo que estamos haciendo con Eva es una villanía.

Rob—No veo yo por qué. Nuestra conducta no tiene nada de censurable. Yo creí amar a Eva y traté de acercarme a ella. He cultivado su trato, sin llegar a un compromiso oficial. He encontrado que mi inclinación por ella no llegaba ni a los cuarenta y cinco grados. En una palabra, que no era amor lo que sentía por tu amiga, sino una ligera simpatía. Para colmo, cádate ahí que el suegro es un energúmedo que se desayuna todos los días con alacranes y. . . . . nada! comprendo que el lío no me conviene, y abur.

Grac—Si, después de haber despertado la ilusión en la pobre Eva. Si no fuera por esto!

Rob—Bah!Eva se consolará pronto. Por lo demás, hemos de convenir que yo no había hecho votos perpétuos, y que, echarme a cuestras al suergrito ese, es cosa que tiene sus bemoles. . . . .lo dicho, que no me conviene!

Grac—Pobre Eva!

Rob—Era su suerte, Graciela, ¡que se resigne! Por lo que a mí toca, estoy muy contento con la mía, que era encontrar en tí mi felicidad. Vamos, mujer. Me darás un beso por fin?

Grac—Quita, no seas imprudente! (*rechazándolo*)  
 Rob—Como quieras. Volviendo a lo que hablábamos, ya tengo el pretexto para retirarme en caballo blanco.  
 Grac—Y es?  
 Rob—El suegro. Verdad que ni de encargo?  
 Grac—Si. Ni de encargo para que se adivine enseguida que es solo un pretexto.  
 Rob—Que tontuna! Aun sin haberme enamorado de tí, aun amando a Eva, ese tío habría sido el obstáculo para que las cosas pasaran adelante. No es, pues, un pretexto. Es una coyuntura que se aprovecha.

## Escena V

Roberto, Luis. Al final, Luz, Eva.

Luis—(*A Graciela*) Sírvase perdonar mi impertinencia, Graciela. ¿podría dejarme a solas un minuto con Roberto?  
 Grac—Con mucho gusto, D. Luis. (*Mutis*)  
 Luis—Gracias.,  
 Rob—Tiene Ud. algo interesante que comunicarme?  
 Luis—Si (*Da algunos pasos con aire preocupado*) Es acerca de Eva.  
 Rob—De Eva?  
 Luis—Si. (*Pausa cavilosa*) Está en este momento con su abuela, y creo haberla visto llorar.  
 Rob—(*Con sorpresa*) Eva llorando? pues.....qué le ha pasado?  
 Luis—Mucho me temo que sea Ud. el causante de su llanto.  
 Rob—Yo?.....no comprendo.  
 Luis—Comprenderá cuando sepa que, según me ha parecido oír, mi hija ha tenido la mala suerte de sorprender cierta escena sentimental entre Ud. y.....y otra persona.  
 Rob—Una escena sentimental!  
 Luis—Si, hace un momento, ahí, en el jardín, parece que Eva presenció por casualidad, entre Ud. y.....esa otra persona, algunas.....expansiones, ciertas.... cómo diré yo?.....ciertas efusiones que no encuadran por completo en una plática puramente amistosa.....qué se yo! acaso Ud. esté mejor enterado, y a eso vengo: a rogarle me diga lo que haya sobre el particular.  
 Rob—Y si yo me negara a complacerle?  
 Luis—Oh! Yo he venido aquí en una actitud de todo punto conciliadora; mas si Ud. quiere tomarlo por el lado trágico, vamos allá: puesto que se trata de mi hija, tengo derecho a exigir de Ud. todas las explicaciones que juzgue convenientes, y que haré valer este derecho pese a todo lo que Ud. quiera disponer en contrario.  
 Rob—Amenazas tenemos? Mal camino lleva, D. Luis, y lo probable es que se vea en aprietos al querer cumplirlas.  
 Luis—Eso es cuenta mía. Y basta ya de preámbulos. Suplico a Ud. que me conteste de modo categórico. Es cierto lo que dice, Eva?  
 Rob—Demos por sentado que lo fuera. Y bien?  
 Luis—Ah! en tal caso, y colocándonos en el menos malo de los supuestos, al buen caballero compete desagraciar a la dama pidiéndole perdón humildemente por haberse portado un momento como un aturdido.  
 Rob—Se equivoca Ud. caballero. De nada tengo yo que pedir perdón a Eva.  
 Luis—Niega, entonces, el hecho que ha motivado esta entrevista?  
 Rob—Me permitirá que guarde reserva sobre el particular. No reconozco en Ud.

ningún derecho a exigir lo contrario. No obstante, puede estar tranquilo, pues su celo paternal quedará plenamente satisfecho.

Luis—No deseo otra cosa.

Rob—Ya que no hay motivo ni posibilidad de que mi determinación sea siempre un secreto, es preferible que lo sepa Ud. de una vez; cultivo relaciones amorosas con Graciela, y muy pronto nuestro noviazgo será oficialmente publicado.

Luis—La noticia me coje de sorpresa, pues yo tenía entendido que Ud visitaba esta casa para cortejar a mi hija.

Rob—Y así fue, en efecto, al principio. Pero es el caso que, ya en el trato íntimo, no solo de Eva, sino de las demás personas de la familia.....

Luis—Basta, basta! no intente echar a los demás una culpa que es solo suya. Porque, al fin y al cabo, nadie ni nada impidió a Ud. retirarse noblemente desde el punto en que sintió cambiar su inclinación.

Rob—Y lo habría hecho, si.....

Luis—Porque, en apariencia, su actitud para con Eva, no ha cambiado en nada y..... Créamelo, esta indigna comedia, no habla muy alto de su hidalguía.

Rob—Caballero! le suplico más mesura en el lenguaje.

Luis—Uso el que me conviene. Y para evitar que Ud. interprete a su antojo mi actitud, he de manifestarle que no deploro, en absoluto, su ruptura con Eva. Por el contrario, me satisface plenamente.

Rob—Oh! en cuanto a eso, nadie lo sabe mejor que yo. A cada paso me ha demostrado Ud. su antipatía.

Luis—Nunca he sabido violentar mis sentimientos. Y si a pesar de ello consentí en sus relaciones, fue solamente por un escrúpulo. Temí equivocarme cediendo a un prejuicio injustificado. Veo que los acontecimientos me han dado la razón, y explican la invencible repulsa que por Ud. sentí desde el primer momento.

Rob—Puede Ud. tener la seguridad de que ese sentimiento ha sido recíproco.

Luis—Razón de más para no haber frecuentado mi casa. Pero..... más vale tarde que nunca. De hoy más no le volveremos a ver por aquí, por lo que estamos de plácemes. Me duele, si, el dolor de mi hija, que amaba a Ud y..... a qué negarlo? me indigna la manera canallezca que tuvo Ud. para salir del paso.

Rob—Señor mío! Ud. está consiguiendo hacerme olvidar en qué lugar estamos!

Luis—Haga el favor de no gritar. Hasta ahora, nadie me ha alzado la voz en mi casa, y no será Ud. el primero que lo haga. Por lo demás, nunca he acostumbrado tratar a ningún perillán como a persona decente. Ud. olvidó los más elementales deberes que su condición le imponía. Sujétese a las consecuencias. Y habiendo terminado aquí nuestra conversación, solo me resta recordarle que por esa avenida (*señalando a través de la verja*) se sale a la carrete-a.....y no se vuelva a acordar de nosotros! (*castañetando los dedos*) Hala!

Rob—Abusa de su condición de amo de la casa, pero no será impunemente. Yo sabré castigar su insolencia, y espero que muy pronto.

Luis—(*Repitiendo su significativo ademán*) Hala! hala! (Mutis Roberto)

Eva—(*Quien sale corriendo de la casa*) Roberto! Roberto!

Luis—Déjalo partir. No ves que va huyendo de ti?

Eva—Mentira! Es Ud. quien lo arroja de aquí. (*Ullorando*) Es Ud. quien no quiere mi felicidad! Roberto!

Luis—Déjalo ir, hija, y no llores. Si te quiere, volverá.

Eva—Mentira, mentira! no lo volveré a ver más. (*A Doña Luz, que llega*) se ha ido, abuela! Se fue, porque lo arrojó él.

Luz—Calma, hija, calma. Todo se arreglará. Yo te lo prometo.

## Escena VI

Doña Luz, Eva.

Eva—Se fué, abuela, se fué! No lo volveré a ver!

Luz—Volverá, hija, tenlo por seguro. No llores más. Si fuera necesario, te lo iría a buscar yo misma.

Eva—Para que, abuela! Yo se que no ha de volver, porque ya no me quiere y porque D. Luis lo ha echado de la casa. Ah! si no fuera por eso, tal vez me volvería a querer, verdad, abuela? Me habría visto sufrir, habría tenido lástima de mí..... y me habría querido como antes! Pero ahora?

Luz—Ahora también. Todo tiene remedio.

Eva—Ya no! Demasiado lo se! Para qué me quieres engañar? Si él me quisiera todavía un poquito, acaso me haría el sacrificio de su dignidad ofendida; pero ya no me quiere! Por qué finjes creer lo contrario, abuela? Ya no me quiere! Lo comprendí de pronto hace un momento, cuando los ví besarse. Y yo que no sospechaba nada! Cómo había de sospecharlo de mi mejor amiga?

Luz—Pobre hija mía!

Eva—Desde hace algunos días, Graciela tomó la costumbre de no invitarme para pasear por el jardín. Se iba sola, y ahora caigo en que se iba a la hora en que él acostumbraba venir. Más de una vez, al regresar, él la acompañaba. Yo era tan feliz cuando él venía, que no se me ocurrió pensar nada malo.

Luz—No recuerdas haber notado en él alguna diferencia?

Eva—No abuelita, ninguna. Así vivía yo engañada desde sabe Dios cuanto tiempo hace. Ahora, demasiado tarde, me doy cuenta de que lo iba a esperar! Ingratos!

Luz—Quien lo hubiera pensado!

Eva—Ahora, iba yo trastornada por todo eso que no sabía y que tú me acababas de revelar. Preocupada con mis pensamientos, ya no recordaba que iba en busca de Graciela, cuando de pronto los vi que iban muy juntos, conversando, y que se daban un beso en la boca. Tan aturdida quedé, que casi no comprendía lo que pasaba. Después se dieron otro beso muy largo.....sentí que me ponía muy pálida.....sentí indignación, vergüenza, y eché a correr para acá sin que me vieran. (*Llora*).

Luz—Llora, hija, llora! No por él. Roberto no merece una sola de tus lágrimas. Pero éste ha sido tu bautismo de dolor! Tu primer contacto con la vida. Y por eso, sí, es muy justo, muy humano que llores!

Eva—Ingratos! Como me han herido! Y sin embargo, abuela, si él volviera! Si me quisiera aun, siento que se lo perdonaría con toda el alma.

Luz—Corazón de mujer! tan niña, y sometida ya a tu ingrata suerte! Cierto es, ay! que lo perdonarías, como también lo perdonaría yo!

Eva—Verdad, abuela?

Luz—Sí, hija mía. ¡Si no fué más que un beso! ¿Por qué no lo habías de perdonar? ¡Si es tu destino de mujer! Para ellos, no tienen importancia estas cosas. Hoy ha sido un beso. Mañana serán otros desvíos y otras ofensas mayores todavía..... que tú perdonarías llorando como ahora. Así es la vida, niña, y así son los hombres!

Eva—Mas no han de ser todos iguales, abuelita. Sería demasiado triste! Mi padre..... estoy segura que mi padre no era así. Verdad?

Luz—(*Haciendo un visible esfuerzo*) Tu padre.....tu padre.... No! no era así! pero todos los demás.....

Eva—Abuelito tampoco?

Luz—Tampoco, no. Pero todos los demás.....son iguales. Egoístas e ingratos. Me duele hablarte así, hija querida. Gotas de mi sangre diera por esas lágrimas tuyas. Pero qué lograría con engañarte? Más vale que conozcas tu destino desde ahora. Los hombres! Ah, los hombres! Conociéndolos de antemano, tu desencanto, mañana, no será tan grande.

Eva—Entonces, abuela, ¿es que los hombres no saben querer?

Luz—Si, Eva, si. Saben querer.....a su manera, haciéndonos desgraciadas.

Eva—Que triste es cuanto me dices, abuela!

Luz—Perdóname por hacerte sufrir, hija mía. Después me lo agradecerás. Tu vida es ahora como un rosal lleno de flores. Hoy te ha tocado llorar tu primera ilusión que se va.....Pétalo a pétalo, irás perdiendo todas tus rosas..... hasta que se llegue el día en que no te quede una sola ilusión.....ni una sola lágrima para llorarlas!

Eva—Oh, abuela! No me hables así! (*llora*) La vida no puede ser tan amarga! Verdad, abuela, que me estás mintiendo?

Luz—Hija mía, pobre hija mía! Señor! ¿Que cosas estoy diciendo a esta niña? No llores, Eva, no por Dios. Oyeme!..... Si, tienes razón, te he mentido! Te he hablado por lo que la vida ha sido para mí! ¿por qué habría de ser tu suerte igual a la mía? Escucha! he sufrido tanto, que a veces se me antoja haber llorado dolores extraños.....dolores que debieron haber sido ajenos. Si, así debe de ser! todo lo que la vida te reservaba de amargo, lo he saboreado yo! Me oyes, hija? Algo me dice que te he comprado tu felicidad a costa de la que hubiera sido mía.....a costa de ese poco de felicidad a que todos tenemos derecho, y que yo no pude saborear.....porque estaba muy alta..... porque Dios te la reservaba a tí!

TELON

## ACTO TERCERO

La misma decoración de los anteriores

### Escena I

Eva, Anatolio.

Anat—Imposible continuar por la vía de los inventos! No he logrado hasta la fecha encontrar un socio capitalista para explotar ninguno de ellos. Y pensar que con uno solo me habría hecho rico en un momento! Verdaderamente, es de lamentar el mísero estado actual de la sociedad. El egoísmo y la incomprensión reinan por doquiera. ¿De que sirven, dime, el talento y el ingenio en este mundo? Mírame a mí, por ejemplo: podrá nadie estimarme en mi verdadero valor al mirarme en esta facha? lo dicho: no más inventos! me he dedicado a algo más práctico. ¿Sabes quien es, ahora, el que te dirige la palabra?

Eva—El tío Anatolio de toda la vida.

Anat—No. Es un Anatolio nuevo. El Anatolio inventor, murió asesinado por la mezquindad humana, y ha nacido a la vida un nuevo Anatolio: el Anatolio escritor.

Eva—Y se puede saber que es lo que escribes?

Anat—Por el momento, nada. Tengo, si, en gestación, un libro maravilloso, un libro utilísimo, que será la primera de mis obras. Se llamará "Las veinte mil maneras de ganarse la vida". Será el resumen y compendio de todas mis actividades mentales. Allí aparecerán, como es de rigor, todos mis inventos, y..... quien sabe? tal vez mañana haya quien, con más fortuna que yo, pueda poner en práctica alguno de los recursos que por mi mala estrella no pude realizar personalmente. La gloria será mía, es verdad; pero la utilidad, ay, será para otros!

Eva—Y se puede saber qué es lo que escribes?

Anat—Cómo? Qué dices?

Eva—Que si se puede saber que es lo que estás escribiendo.

Anat—Que me maten! Todavía no te has enterado de que te lo estoy diciendo hace media hora?

Eva—Ah! pero lo has dicho ya?

Anat—Sangre de Barrabás! Si, te lo he dicho, te lo he dicho, y te lo he dicho! estamos? Y tú, lo sabrías, lo sabrías y lo sabrías, si te hubieras dignado escucharme. Te estaba diciendo que escribiré un libro que se llamará.....mira, chica, mejor dejemos esto para otra ocasión. No quiero hablar con las paredes. Lo dejaremos para cuando tengas a bien descender por un momento de las olímpicas regiones en donde habitas.

Eva—Perdona, tío Anatolio, si he cometido contigo semejante descortesía. Es que no tengo la cabeza para nada. ¡Estoy viviendo unos días tan tristes!

Anat—Que me maten! hasta cuando dejarás de darle vueltas en el magín a la misma cosa?

Eva—(Con desaliento) Que se yo!

Anat—Por todos los diantres! Para tí no hay más que Roberto y Graciela; Graciela y Roberto. ¿Por ventura no tienes un par de medias que remendar?

Eva—Déjame, Anatolio. Que mal te hago con ello?

Anat—Te pareces a Juan Carranza. ¿Sabes tú quien es Juan Carranza?

Eva—No.

Anat—Juan Carranza es un amigo mío que cierta vez tuvo la poca suerte de romperse una tibia. Sabes tú cual es la tibia? Bueno; es este hueso que tenemos aquí, (señalándose) lo que el vulgo ignaro llama *espinilla*. Pues es el caso que, curado y más que curado ya de su fractura, primero se habría dejado hacer rebanadas, que abandonar las muletas, por miedo de volverse a quebrar. De nada servían ruegos, reflexiones ni amenazas. El, erre que erre con su fractura, lo mismo que tú con tu Roberto. Y lo bueno del caso es que, cuando el terremoto de 1917, es decir, tres años redondos después de su accidente, el tal Carranza fue de los que más corrieron, sin acordarse de la más cochina muleta del mundo.

Eva—La tibia de Carranza, tenía que seguir inevitablemente el camino de su curación; pero esta herida mía, Anatolio, la he de llevar abierta en el alma para siempre.

Anat—Cállate, mocosa, no digas tonterías. ¿A que vas a resultar ahora con que te vas a meter a mogigata?

Eva—Y por qué no?

Anat.—Que me maten! Lo que tú mereces, es una paliza. Y si en esta casa no hay quien te la de, te la voy a dar yo. Así entrarás en razón.

Eva—(Con decaimiento) Ya nada me importa a mí!

Anat—Nada en el mundo? (misterioso)

Eva—Nada.

Anat—Como no! Hay algo que te puede importar mucho. Quieres que te lo diga?

Eva—Dilo.

Anat—Es una noticia que te tengo que dar. A eso, precisamente, he venido

Eva—(Con indiferencia) Y es?

Anat—Nada. Una bobería que te va a sacar de quicio: (con gran misterio) Roberto y Graciela están quebrados eh? (pausa) Pero vamos a ver, muchacha! (con fuego). Te vas a quedar tan tranquila después de lo que acabas de oír? No piensas salir brincando por allí, completamente loca? Que me maten! A qué esperas para saltarme al cielo? Tu no has oído lo que te dije. Ponme atención: Roberto y Graciela están quebrados. Completamente quebrados. Me entiendes?

Eva—Eso, ya lo sabía.

Anat—Y sigues contemplando la fractura de tu tibia?

Eva—Que le vamos a hacer!

Anat—Ah! es que te figuras que el día menos pensado se van a reconciliar. Pues no. Te lo garantizo, porque lo se bien. Su querella es definitiva. Están reñidos irremediablemente.

Eva—Te digo que me es igual. Hace muchos días que quité el dedo de ese renglón, y no estoy dispuesta a volver atrás.

Anat—Pues estamos frescos! De haberlo sabido, no me hubiera tomado el trabajo de venir hasta aquí para contarte la historia.

Eva—Te agradezco la buena intención, Anatolio, y siento mucho que te hayas molestado por nada.

Anat—(Con interés) Y cómo lo supiste?

Eva—Por la misma Graciela.

Anat—La has visto?

Eva—No. Me escribí.

Anat—Veamos! cuenta! cuenta! que te dice?

Eva—Que se yo! Tonterías. De creerla, toda la culpa la tiene Roberto. Ella se vió engañada, creyendo que nunca había habido nada serio entre él y yo. Por último, cuando se convenció de lo contrario, lo mandó a paseo. Termina pidiéndome la dispense por el disgusto que sin querer me ha causado.

Anat—Y aquí paz, y después gloria!

Eva—Figúrate!

## Escena II

Dichos y Doña Luz, viniendo de los jardines.

Anat—Buenos días, mamá. Tan temprano de vuelta?

Luz—Tenía que regresar antes de que Luis se fuera.

Eva—Falta mucho para eso, abuelita. El tren no sale hasta las 10 y 45.

Anat—Se va por fin Luis?

Luz—Si

Anat—Y regresa?

Luz—Pronto. Creo que será cosa de una semana. Hija, quieres hacerme el favor de prepararme la leche?

Eva—Si, abuelita. (*Mutis*)

## Escena III

Luz, Anatolio.

Anat—Que rara es esta niña! Figúrate, mamá que le acabo de dar la noticia de la quiebra de Roberto con Graciela.....

Luz—Gracias a Dios que hablas de algo que no sea uno de tus inventos.

Anat—Ya dejé los inventos. Ahora me dedico a otra clase de actividades; pero ya hablaremos de eso. Te decía que vengo, le doy la noticia, y ella, en vez de hacer las demostraciones de contento que yo esperaba, se queda tan fresca diciendo que ya lo sabía.

Luz—Así es. Graciela se lo ha escrito.

Anat—Y, con todo, la chica esa sigue haciendo la dama triste. Que me maten! Quien le impide volver a enredarse con Roberto cuando le dé la gana?

Luz—Pobrecilla! Es natural que pase enfurruñada algunos días. La cosa está demasiado reciente. Paciencia, ya le pasará

Anat—Y tú, estás conforme con que el noviazgo se reanude?

Luz—Conforme en absoluto, no. Francamente, me habría gustado más otra cosa.

Eva podría esperar, está muy joven. Pero, hijo, su salud me da muchas inquietudes. ¿No te has fijado como se está poniendo de flaca?

Anat—En efecto.

Luz—Por lo demás, dónde está el hombre que no necesite hacerse perdonar algún defecto?

Anat—Si lo tomas por ese lado.....

Luz—No queda otro camino. Recuerda también que yo ya no puedo durar mucho tiempo. El día que yo faltara, Eva quedaría en esta casa en una situación muy falsa, ya que, por desgracia, jamás ha podido congeniar con Luis. Al morir yo, es lo más probable que la pobrecita tuviera que salir de aquí, y no quiero que, sin vocación vaya a acabar su vida en alguna congregación religiosa.

Anat—Evidentemente.

Luz—Ya ves, pues....

Anat—Y Luis que opina?

Luz—No me he atrevido a consultarle nada.

Anat—Te exponías a que te contestara con un bufido.

Luz—Pues no lo creas. Luis está muy cambiado desde hace algún tiempo..... desde la ruptura con Roberto. Me parece ver al Luis de los primeros años de su matrimonio.....bueno, me refiero a sus relaciones con Eva, porque conmigo siempre ha sido tan bueno como el primer día.

Anat—(*Fanfarrón*) Ay de él si no lo fuera!

Luz—Con Eva ha vuelto a ser el de antes, atento a sus menores deseos, tratando de adivinar sus más pequeños antojos, si bien no se puede encontrar en sus actos la espontaneidad de entonces. Lo veo cohibido por la hurañez de la chica.

Anat—Ella, pues, no cambia?

Luz—Si, ha cambiado.....para empeorar. Ya no hay en ella resistencia; Hay pasividad, indiferencia. Y no solo con las atenciones de su padre: ya no parece interesada por nada ni por nadie.

Anat—Pues estoy viendo que esa tonta se va a morir por una simpleza. Y quieres que te hable con franqueza? Ustedes tienen la culpa: tú y Luis.

Luz—Nosotros?

Anat—Es tan claro como el día! Quien, sino Uds., le están entreteniéndolo el mal a la muchacha? Que me maten! Acaso es Eva la primera damisela que se queda sin novio?

Luz—Y que querrías que hiciéramos?

Anat—Ah! si yo viviera en esta casa! ya verías tú si esa remilgada de mi sobrina paraba en todo el día, trapeando corredores, lavando ropa, moliendo para las tortillas de los mozos ¡a ver si le quedaba tiempo de pensar en su tibia quebrada!

Luz—Qué tibia quebrada?

Anat—O en su novio perdido, que es lo mismo. Eso es lo que tiene Eva; mucho mimo, exceso de contemplación, y muy pocas ocupaciones a que atender.

#### Escena IV

Dichos y Roberto.

Rob—(*Al otro lado de la verja*) Dan Uds. permiso?

Anat—Hablando del Ruin de Roma.....

Luz—Adelante, Roberto. Qué milagro es verte por aquí!

Rob—(*Entrando, con aire embarazado*) Como ha estado Ud., abuela? Que tal Anatolio?

Anat—Así, así.....

Luz—Bien Roberto. Y tú? y tu madre? Siéntate.

Rob—(*Dándose aire con el sombrero*) Bien, gracias. (*Sopla*)

Anat—Que caras sus vistas, hombre. Donde se mete? no se le ve por ninguna parte.

Rob—Psss! casi no he salido de casa.

Anat—Ha estado de morros Eh? Por aquí se ha sabido que riñó con Graciela.

Rob—(*Riendo forzadamente*) Les llegó la noticia? Si, reñí con ella. Un día u otro tenía que suceder. (*pausa*). Y D. Luis?

Luz—Por allí dentro. Hoy se va para Tegucigalpa.

Rob—Ah! Si?

Luz—Si.

Anat—Si.

Rob—Ajajá! (*pausa*) Y.....Eva?

Anat—Por allí dentro. Ella no se va para Tegucigalpa.

Rob—Ah! no?

Anat—No.

Luz—No.

Rob—Cuántos deseos tenía de venir acá! (*Decidiéndose*) Oiga, abuela. Ud. se debe estar preguntando qué vientos me han traído. Verdad? No se extraña de mi presencia aquí?

Luz—No, Roberto. Estás en tu casa. Por qué me había de extrañar que vinieras?

Rob—Después de lo que ha pasado.....

Luz—Querías que quedáramos de enemigos?

Anat—Que me maten! aquí no ha pasado nada!

Rob—Yo mismo me pregunto cómo he tenido valor para venir, después de haber ofendido a Eva tan indignamente; mas ahora que he estado sin verla, he comprendido cuanto la quiero. He venido, porque mi vida es imposible lejos de ella. Estoy aquí por ella.....y lo demás, nada me importa.

Anat—Si! la abuela no vale un comino..... En cuanto al tío.....

Rob—No es eso lo que quise decir, Anatolio, sino que nada vale la violencia que me he tenido que hacer para afrontar la vista de personas a quienes he ofendido como un miserable. Que nada me importa la afrenta a que me expongo de que me vuelvan a echar a la calle.

Luz—No digas esas cosas, niño.

Rob—Es que lo merezco abuela. Si no lo hacen, es porque son Uds. demasiado buenos. Diga, abuela; cree Ud. que me podrá perdonar Eva?

Luz—Que se yo! Lo único que se decirte, es que mi pobre hija ha llorado mucho.

Rob—Pero ella, que dice de mí? Cree Ud. que todavía me quiera?

Luz—No se, Roberto.

Rob—Desde hace días, esa duda me está matando, y es lo que me ha hecho vencer las últimas vacilaciones. No se imagina Ud. cuanto me ha costado dar el paso que doy. Mucho he dudado, pero, al fin, aquí estoy. Vengo a poner mi suerte y mi vida a merced de Eva. Cree Ud., abuela, que me perdonará?

Luz—No se que decirte, hijo. Me haces unas preguntas imposibles de contestar.

Rob—Pero a Ud., su corazón de mujer, que le dice? Ud. qué haría?

Luz—Yo, si se tratara de mí, no te podría perdonar.

Anat—Que me maten! Ni yo tampoco!

Rob—(*A Luz*). Qué dice Ud.!

Luz—Lo que oyes. Yo no te perdonaría.

Rob—Está bien. Quiere decir, pues, que no debo pasar adelante en mi descabellado Propósito. Debí haberlo pensado así, antes de haber acariciado locas esperanzas.

Luz—No he pensado decir tal.

Rob—Entonces cómo debo interpretar su respuesta?

Luz—Tú me pides mi opinión personal, y lo te la doy lealmente: no, no te podría perdonar; pero esto te lo digo por mí, con mi experiencia de una vida ya demasiado larga. Y no se trata de mí, sino de Eva, que todavía no tiene veinte años..... y las ilusiones de la juventud, hijo, son demasiado vivaces: las está combatiendo a toda hora la adversidad. A cada paso, la ingrata realidad trata de aplastarlas. Y ellas siempre tienen fuerza para levantarse, al parecer indestructibles. De modo que no debes considerar mi juicio como inapelable. Anda, busca a Eva, y cuéntale otra vez tus mentiras. Puede que todavía te las crea y más aún: puede que te perdone!

Rob—Abuela!

Anat—Mamaíta, me dejas turulato. ¿Cuando has aprendido a hablar así?

Rob—(*Con amargura*) Mis mentiras! No, abuela. Me trata Ud. con demasiado rigor.

Luz—No intentes sincerarte, Roberto.

Rob—No. No es que me quiera sincerar. Es que adoro a Eva. Es que no he dejado de quererla ni un momento. Si, abuela, ni un momento. Así lo comprendo ahora, libre ya de mi inexplicable ofuscación.

Luz—Tu inexplicable ofuscación! Ah, Roberto, qué fácil es arreglar los yerros con palabras. ¡Tú ofuscación!. . . . . Llegaste a esta casa con la máscara del amor. Supiste hablar a mi hija el lenguaje fementido del amor. Pronunciaste a su oído palabras dulces, jamás antes oídas. Lograste despertar en su alma la ilusión que dormía. Y ella, la inocente, te dió su corazón sin reservas. Te quiso con el entusiasmo del primer amor, y se sintió feliz. Tuvo fe en tí. . . . . ¿por qué había de dudar! y te erigió un altar dentro de su pecho. La pobre! De pronto; un día de tantos, te das cuenta de que estabas engañado, de que no es a ella a quien quieres y. . . . . nada más natural! sigues los dictados de tu capricho por todo el tiempo que te viene en gana. Luego, cansado de la aventura, vuelves sobre tus pasos. Que la nena ha llorado un poco? Bah! a secar esas lágrimas, tontuela, y a no pensar más en ello, que aquí estoy de vuelta. No ves que sólo fué una ligera ofuscación?

Rob—¡Abuela!

Luz—Así son Uds. los hombres, Roberto. Para ustedes, estas veleidades, no son más que ligeras ofuscaciones, caprichos sin importancia. Ah! si alguna vez se dignaran considerar lo que sus caprichos valen para las pobres mujeres!

Rob—Si pudiera Ud. leer en el fondo de mi alma, no me hablaría del modo que lo hace. Si pudiera Ud. saber cómo he llorado, cómo he sufrido por mi locura, tendría compasión de mí.

Luz—Quien te dice que no te compadezco? Si, tengo lástima de tí, y llego hasta a creer sincero tu arrepentimiento.

Rob—Gracias, abuela, gracias. De modo que puedo esperar que no se oponga Ud. a que hable con Eva?

Luz—No me opondré, no. ¿Quieres verla? (*Llama con el timbre*)

Rob—Es todo cuanto puedo desear.

Luz—Bien, hijo, espera aquí.

Anat—Mamaíta, que me maten! Estoy orgulloso de tí. A tu lado, Demóstenes y Cicerón fueron un par de bagres sordomudos! (*Mutis Luz*)

## Escena V

Roberto Anatolio

Rob—La suerte está echada! No le deseo esta alternativa ni a mi peor enemigo.

Anat—Que me maten! Quien le estaba obligando a meterse en semejante lío?

Rob—Nadie más que mi locura. Pero bien castigado estoy. Si Eva me rechaza, soy capaz de echarme bajo las ruedas del primer automóvil que encuentre en el camino.

Anat—Calle, hombre, no diga tonterías. Mi sobrina está enamorada de Ud., eso salta a la vista. Y con un poco de diplomacia, ella misma vendrá a echársele en los brazos (lo cual, sea dicho entre paréntesis, será una tontería mayor que la que Ud. piensa cometer arrojándose al paso del automóvil). Pero del mal el menos. Si no se casa con Ud., la cuitada se muere o se hace loca. Quiere Ud. que me encargue yo del asunto?

Rob—¿Le sería a Ud. posible conseguir que Eva olvidara?

Anat—Tengo un medio infalible. Si me empeño en ello, Eva le perdona, y encima le dará las gracias por haber vuelto. Quiere que hagamos la prueba? Nada más sencillo. Déjelo todo a mi cuidado.

Rob—Anatolio, amigo mío! que feliz me hace Ud.

Anat—Nada, nada. Confíe en mí. Si no consigo verlo feliz..... que me maten!

Rob—Oh, Anatolio! ¿Cómo podré recompensar tan gran beneficio?

Anat—No sea sencillo! ¿Quién habla de recompensas?

Rob—Es verdad! favores así no tienen precio.

Anat—Sin embargo, antes de que se vaya a poner pesado por esa diferencia de criterio que, en último análisis, no vale la pena, me veo en la necesidad de confesarle que estoy escribiendo un libro.

Rob—Un libro?

Anat—Un libro fenomenal que ha de alcanzar un éxito jamás visto. Se llama “Las veinte mil maneras de ganarse la vida” y es una compilación de todos mis inventos y algunos otros más, cada uno de los cuales bastaría para hacer rico a cualquiera.

Rob—Y bien?

Anat—Y bien! Que necesito algún dinero para invertirlo en papel y una máquina de escribir. (*Tiende la mano*)

Rob—(*Buscando en todas las bolsas*) Hombre, Anatolio, yo no llevo encima casi nada. Veamos.....

Anat—Para empezar, aunque solo sea para el papel. Venga lo que sea.

Rob—(*Contando*) No tengo más que.....siete colones.

Anat—Acá los siete colones. Algo es algo. Tal vez en el portamonedas encontremos más.....

Rob—(*Sacando el monedero*) Unos pocos centavos.....

Anat—Acá los centavos. Bueno. Es bastante por hoy. Por primera vez en la vida, me ha dado Ud. algo sin rechistar. Si así continuamos, será cosa de poner el sable en primer término entre los procedimientos que voy a estudiar en mi libro! (*Mutis*)

## Escena VI

Roberto, Eva.

Rob—Eva querida!

Eva—Me ha dicho la abuela que me quieres ver.

Rob—Gracias por haber venido, Eva. Necesito hablarte.

Eva—Estoy dispuesta a escucharte, Roberto. Quieres que nos sentemos?

Rob—He venido, Eva, no para disculparme, pues no sabría como hacerlo, sino a humillarme delante de tí. He venido confiado en tu amor, que me sabrá perdonar, aunque no lo merezco.

Eva—Yo, Roberto.....

Rob—No me digas nada aún, Eva. Deja que te abra mi corazón; deja que te descubra las miserias de mi debilidad, que no me ha permitido vivir lejos de tí..... y después.....

Eva—Es en vano, Roberto. Para qué te vas a someter a una humillación inútil? Yo no podré volver a ser la misma de antes. Y cuando así lo comprendieras, hombre al fin! te arrepentirías de haberme descubierto las miserias que dices; y herido en tu orgullo, acaso llegarías a odiarme.

Rob—Yo juro por lo más sagrado, Eva, que en mi corazón no cabe, no puede haber para tí otro sentimiento que el amor. ¡Odiarte yo! No me conoces, cuando dices eso!

Eva—El haberte llegado a conocer, Roberto, es lo que me obliga a suplicarte que no insistas. Para qué? Ya se quebró el ensueño, como un espejismo que se desvanece. ¿A qué intentar revivir lo que sólo puede tener una vida? Déjame aquí tranquila con mis recuerdos. Vete tú por tu lado a donde tu sino te llame, y piensa alguna vez en mí. Que eso, al menos, nos quedará de nuestro amoroso romance: un recuerdo dulce que acariciar en nuestras horas de melancolía.

Rob—Oh, Eva, vida de mi vida, no me hables así! No, no me digas esas cosas, porque yo bien sé que estás amordazando tu corazón que te está clamando piedad para mí. No prestes oído a la voz de tu dignidad herida en mala hora por mi insensatez. Aparta lejos de tí todo sentimiento bastardo, y ven a mí, que te adoro, que no he dejado un solo momento de adorarte. La vida es nuestra, amor mío. Haz como yo, que de tanto que te amo, ya no tengo ni amor propio. Si lo tuviera, no estaría aquí, de donde fuí arrojado como un perro, y en donde pueden volverme a afrentar. Pues bien: Que me importa si así sucede? Te he vuelto a ver. . . . y eso me basta. Acepta mi pequeño sacrificio, Eva. ¿Quieres?

Eva—No, Roberto, no puedo aceptarlo, porque nada te puedo dar en cambio.

Rob—Ya no me amas, pues?

Eva—Que si no te amo! Dime, entonces por qué he sufrido tanto desde que me dejaste! Dime por qué las lágrimas acuden a mis ojos siempre que pienso en tí! Dime por qué estoy llorando ahora que estoy contigo; ahora que para nosotros no puede volver la felicidad!

Rob—No es que no pueda volver, Eva. Es que tú no quieres que vuelva.

Eva—Tienes razón. Soy yo quien no lo quiere. Sabes por qué? Porque deseo guardar así, truncada en su principio, la hermosa novela de nuestros amores. Así tendrá siempre en mis recuerdos un sabor dulce que llenará para siempre mi corazón. A qué reanudar el luminoso ensueño? Para qué exponerlo a perder su encanto bajo los golpes de la ciega realidad? No, Roberto. Te lo ruego una vez más. Déjame tranquila con mis recuerdos. . . . . y no me vuelvas a ver más. . . . .

Rob—No verte más! Sabes tú lo que me pides? Te figuras que podría vivir sin tí? No Eva, no. Déjame volver a tu lado una y otra vez, así como antes. . . . . Como cuando me querías! A fuerza de constancia, te llegaré a probar algún día cuánto te quiero. Y entonces. . . . .

Eva—No insistas, Roberto. Es inútil. Cuando tú me abandonaste, creí morir de dolor. Cerrado para mí tu corazón, pedí al cielo la muerte, una y mil veces. No quiso oirme. Cuánto he sufrido, no lo puedes saber tú; pero al fin ha pasado la tempestad, sin que su torbellino me haya logrado sumerjir. Si mi débil naturaleza ha logrado triunfar esta vez, siento que no podría resistir otra prueba igual. Es mejor que no nos volvamos a ver.

Rob—No, no Dios mío! No puedo creerlo! Impónme el sacrificio que tú quieras, sométeme a la prueba que te plazca. . . . .

Eva—Para qué, Roberto! Vete ya, déjame. . . . .

Rob—Está bien, Eva, amor mío. Te dejo, pero volveré.

Eva—Jamás, jamás, Para qué? No quiero verte más!

Rob—Pues bien, sea. Adios.

Eva—Adiós.

Rob—Ah! pero no pretendas haberme querido jamás.

Eva—Te he querido y te quiero con toda el alma. Por eso quiero que la última imagen tuya que me quede, sea esta: dolorida, humillada, suplicante. Ah! porque la otra, la que guardaba antes de este momento, era demasiado ingrata! Adios. . . . . (*Mutis Roberto*)

## Escena VI

Eva, Luis, un Criado.

Luis—(*Saliendo de la casa vestido de viaje. Al criado, que le sigue con dos valijas*)  
Espérame en el auto. (*El criado hace mutis por la puerta de la verja*) (*A Eva*)  
Bien, hija mía, bien.

Eva—Ah! estaba Ud. escuchando?

Luis—No. Oí por casualidad tus últimas palabras cuando venía, y estoy orgulloso de tí. Dictada por tu padre, tu actitud no habría sido más digna. Pero vamos! No llores más, hija mía. Ese hombre.....no era digno de tí. No pienses más en él!

Eva—Déjeme Ud., por Dios. Déjeme sola!

Luis—Te dejaré dentro de un momento, hija, pero antes quiero que me escuches. Ahora que sufres, ahora que te sientes tan pequeña bajo el impío zarpazo del dolor, quiero que me oigas. Así, sin ofuscamiento, sin rebeldías. Ven, siéntate aquí, a mi lado, cerca de mí. No llores más. Ese hombre no merece tus lágrimas. Tu amor es un tesoro demasiado grande para él, que no lo supo apreciar. Déjalo ir con su destino. Compadécelo, pero no lo echés de menos.

Eva—Señor! Le quería tanto!

Luis—Bien está, hija mía, pero no te desesperes. Eres tan joven y tienes tanta vida por delante; Qué reservas entonces, para más tarde? Has perdido un afecto y lloras porque no te quieres refugiar en otro mucho más alto. Te sientes muy sola sin tu novio, y es porque no te quieres acercar a tu padre, que daría su vida por tí.

Eva—Oh! mi padre.....

Luis—Nunca me has querido dar ese nombre, es verdad, por más que yo he cifrado todo mi orgullo en llamarte hija mía. Yo quise a tu madre desde mucho tiempo antes de que se uniera al hombre que te dió el ser. Mi destino dispuso que no fuera para mí su primer amor. Casada ella, no por eso perdió el culto que le rendía dentro de mi corazón.....Seguí amándola desde lejos, y cuando naciste tú, te amé sin conocerte. Te consideraba algo mío, mi hija espiritual. Después, cuando llegué a ser el esposo de tu madre, yo, que jamás había conocido la felicidad, creí encontrarla en este ambiente, con mi nueva familia. Vana ilusión! Tuve una esposa, es verdad. Volví a encontrar a mi madre; pero tú no eras, no quisiste ser la hija que había soñado! El cielo no quiso darme hijos de mi sangre, y así he vivido tan solo, teniéndote a mi lado; bajo tu mismo techo, y sin embargo, tan lejos, tan lejos de tí.....Vamos, hija..... no me dices nada? No sientes la atracción de mi cariño?

Eva—Déjeme sola! Ahora no puedo sentir nada, no puedo pensar nada! Más tarde, acaso.....

Luis—Más tarde acaso.....! Ese ha sido mi grito de siempre! Tal vez mañana! Más tarde acaso.....Me voy con esa vaga promesa. Estaré ausente algunos días, pero te llevaré en mi pensamiento. Piensa tú también un poco en mí, en tu padre. Y cuando vuelva.....Oh qué loca esperanza siento nacer en mí!..... cuando vuelva, comenzaremos una nueva vida! (*Se aleja lentamente. Ya en la puerta de la verja, se vuelve para dirigir a Eva una larga mirada, que ella no ve, porque solloza con la cabeza entre las manos*). Hasta luego, hija mía! (*Espera todavía un momento, y luego desaparece, cabizbajo*) (Pausa)

## Escena VII

Eva, Luz, Luis.

Luz—(*Llega silenciosa de la casa, permaneciendo lejos del centro de la escena*) Salió tu padre ya, Eva?

Eva—Mi padre? (*Con sobresalto*) Mi padre! (*Como sorprendida por haber pronunciado esa palabra*) Oh! Estaba aquí hace un instante.....

Luz—Llámalo, haz el favor. Necesito hablarle.

Eva—(*Corre hacia la verja y se detiene mirando hacia afuera*) Ya va lejos, abuela.

Luz—No importa. Llámalo.

Eva—(*Durante algunos segundos vacila, con visible lucha interior*) Padre! ¡Oh! abuela!.....se detiene .....está inmóvil, mirando para acá! Abuela! (*corriendo azorada para el centro de la escena*) Me ha oído..... y viene! (*La abuela hace una seña al criado que hace mutis*) (Pausa)

Luis—Eva.....he creído oír.....tu voz.....No fuiste tú.....quien me llamó?

Eva—(*La lucha es aún más ruda. Vacila entre un generoso impulso que la empuja hacia Luis, y el último empeño por dominarlo*) Padre! padre! (*Corre a su padre, le echa los brazos al cuello y apoya la cabeza en su pecho*)

Luis—(*Acariciándole amorosamente los cabellos*) Hija de mi vida! Ya sabía yo que el dolor te haría abrir los ojos!

Eva—Bendito sea ese mi gran dolor, padre, que me hizo llegar a tí!

TELON